

ORTEGA, MAESTRO DE MAESTROS

MAESTRE, Agapito: *Ortega y Gasset. El gran maestro*. Córdoba: Almuzara, 2019, 475 pp.

JUAN MANUEL MONFORT PRADES
ORCID: 0000-0003-1381-3687

Recientemente ha visto la luz *Ortega y Gasset. El gran maestro*, obra de Agapito Maestre. Se trata de una obra que tiene como objetivo recuperar la imagen de Ortega como político, la cual es inseparable de su vocación docente. Político y maestro son facetas inseparables de su persona y sin lugar a dudas se han llevado a cabo grandes esfuerzos a lo largo del siglo XX por denostar al filósofo madrileño tanto en el campo de la política como en el del magisterio.

Filósofos, literatos, periodistas y académicos han compartido una misma voluntad en el último siglo: reducir a la nada el impacto de Ortega en la vida política española más allá de 1932, lo que ha generado una deformada imagen de Ortega basada en anécdotas y chascarrillos. En esta obra el autor se siente decidido a rebatir todas aquellas visiones de Ortega reduccionistas, falsarias o simplemente insultantes que se han vertido en los últimos tiempos y presentan a Ortega como un filósofo que no dio la talla ni en la Segunda República, ni en la Guerra Civil y, por supuesto, tampoco en la dictadura.

A Ortega se le han dedicado todo tipo de descalificaciones: oportunista político, filósofo al servicio de Franco o los cuarenta y seis "ismos" a modo de acusaciones que Julián Marías recopiló ya en 1950 en su obra *Ortega y tres antí-*

podas. El ánimo de Maestre supera la simple revisión histórica de obras sobre Ortega o la simple presentación de una nueva imagen del filósofo. Su voluntad es ofrecer un Ortega para el siglo XXI, para la España actual, con sus problemas y retos, que permita al lector reflexionar desde Ortega sobre la democracia, los totalitarismos, el separatismo, los populismos y en especial sobre la frivolidad que preside la política actual y la decadencia de la clase política española. Para ello no duda en hacer una revisión muy personal de los más importantes intérpretes del filósofo madrileño y distinguir casi con precisión cirujana entre aquellos cuyas obras lanzan una negra sombra sobre Ortega de aquellos que han permitido que el filósofo siga iluminando poderosamente el mundo hispanoamericano.

La introducción es toda una declaración de intenciones, su extensión permite que el lector se haga un dibujo muy preciso de los objetivos principales del trabajo y de los principales argumentos que se desarrollan en las tres grandes partes que componen el libro. A grandes rasgos, la primera parte es una crítica a la ideología sobre el filósofo Ortega, la segunda se centra en la crítica de Ortega al idealismo y la revolución y, por último, la tercera trata de construir un Ortega desde dentro a partir de su retirada de la política.

Hay dos tópicos sobre Ortega que Maestre de manera especial pretende destruir con determinación a lo largo de todo el trabajo. En primer lugar la consideración de Ortega como un maestro en un etrial ya que, en opinión de

Cómo citar este artículo:

Monfort Prades, J. M. (2020). Ortega, maestro de maestros. Reseña de "José Ortega y Gasset: el gran maestro", de Agapito Maestre Sánchez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (40), 221-225.
<https://doi.org/10.63487/reo.197>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 40. 2020
mayo-octubre

escritores como Gregorio Morán, nunca llegó a crear una tradición filosófica. Sin embargo, Ortega no fue un maestro en un erial, su trabajo dio enormes frutos. Ante la idea de que Ortega no creó escuela, podrían enumerarse una infinidad de seguidores entre los que figurarían incluso premios Nobel, por lo que la obra de Morán no deja de ser un simple despropósito, una inmoralidad. Ortega fue un extraordinario maestro, como reflejó con claridad Antonio Rodríguez Huéscar, el nivel de sus discípulos es el mejor de los testimonios.

El segundo tópico que pervaínte la imagen de Ortega es la afirmación de que murió filosóficamente con la República. Tras sus grandes críticas a ésta, suele decirse que Ortega no tuvo nada más importante que decir, de hecho incluso afirman algunos que ya no escribió nada relevante. Después de 1936 la belleza de su prosa y la elegancia de su filosofía habrían desaparecido. Parece que la crítica a la segunda república no sólo le condenó en los años treinta, sino también sigue condenándole en la actualidad cuando a Ortega lo tratan aquellos que hoy todavía defienden aquel régimen. Ortega pasó a un silencio relativo en sus últimos años, pero eso no significa que no continuara filosofando, el silencio también es expresivo, revisó su filosofía, reflexionó sobre sus propuestas e hizo política desde el limitado espacio de libertad que le quedaba. José Gaos, en opinión de Agapito Maestre es el intérprete que ha insistido con más énfasis en la liquidación de Ortega como figura intelectual tras dejar el parlamento español y en especial

tras la Guerra Civil, al no defender la República de la mano de su gobierno.

El análisis de Maestre sobre la relación entre Ortega y Gaos no aborda cuestiones puramente filosóficas, más bien se mantiene en un plano ideológico, y gira en torno a dos cuestiones que parecen marcar la visión de Ortega que tiene Gaos: el carácter asistemático de la filosofía orteguiana y su falta de paciencia con la República. Para Gaos parece imperdonable que Ortega se distanciara de las propuestas socialistas y no manifestase un apoyo incondicional a la República, por lo que de alguna forma Ortega dejó de ser para él un filósofo de referencia y se convirtió en un pensador en las antípodas de un filósofo democrático. En este sentido José Gaos es la inspiración de visiones de Ortega como la de A. Elorza, quien lo califica como un pensador prefascista, o la lectura de Pedro Cerezo en *La voluntad de aventura* que Maestre critica muy duramente y que presenta a Ortega como un simple oportunista en materia política.

Además de estos tópicos ve necesario Maestre presentar también la relación de Ortega con el cristianismo, pues desde algunos sectores de la iglesia católica le llovieron las primeras críticas y las primeras enmiendas a la totalidad de su filosofía. Maestre recuerda la gran apología que las obras de Julián Marías hicieron sobre aquellos primeros críticos y recupera una visión de Ortega que permite integrar liberalismo y catolicismo, razón vital y cristianismo. La mejor prueba de ello es la destacada presencia entre sus seguidores más próximos de cristianos convencidos como

Marías o el mismo Morente desde su conversión. Si bien Ortega se enfrentó con una facción integrista del cristianismo, no es menos cierto que nunca se consideró anti-cristiano o anti-clerkal.

Si hasta ahora se han descrito las líneas principales de la deconstrucción de una imagen de Ortega, maestro y político fracasado que ha tenido bastante éxito en la España contemporánea según Maestre, buena parte del libro que se comenta se ocupa también de reconstruir a un Ortega maestro y político en positivo para combatir las calumnias vertidas sobre Ortega durante más de cincuenta años. Maestre insiste en que la gran verdad de Ortega es transmitir que España necesita una política de realidades, una política enraizada en la vida y en la historia y, por otra parte, le sobran políticas de ideas, de huecas utopías y razones puras. Maestre analiza las ideas políticas de Ortega siempre en vistas de las críticas expuestas, las principales se expondrán brevemente a continuación.

En primer lugar, Ortega está convencido de que el idealismo ha llevado a una razón revolucionaria, a una razón total que está en el origen de los grandes totalitarismos del siglo XX. Ante ello habla Ortega de una política basada en la razón vital que se enfrenta a la politización integral de la sociedad, a la rebelión de las masas, al fascismo y al comunismo. Esta idea sigue estando hoy de rabiosa actualidad. La razón vital e histórica que propone Ortega permite recuperar la reflexión sobre España en cuanto estado-nación y la integración de ésta en un espacio supranacional como la Unión Europea.

Ortega insiste en los límites del pensamiento frente a una propuesta de razón todopoderosa que no lleva más que a particularismos, revoluciones y utopismos. Para Ortega no se puede criticar el idealismo sin la experiencia de los totalitarismos que se enraízan en él, de la misma forma que la crítica de los totalitarismos no puede hacerse al margen de la filosofía idealista. Maestre está convencido de que una de las razones por las que Ortega ha quedado apartado de la vida pública es el desprecio que algunos de sus intérpretes han mostrado ante esta idea. Precisamente, en este contexto, la calumnia principal que se ha alzado es que el filósofo madrileño nunca hizo un análisis serio del idealismo y que su trabajo sobre la Modernidad fue siempre superficial. Ante estas posturas, Maestre recuerda el testimonio olvidado de Julián Marías y Antonio Rodríguez Huéscar, quienes sí supieron destacar la profunda crítica de Ortega al idealismo y las implicaciones políticas que de ello se derivaban, en especial en lo que se refiere al fortalecimiento de España como estado-nación.

En segundo lugar Maestre plantea una visión positiva del silencio de Ortega en sus últimos años en cuanto a política se refiere. No es cierto que Ortega dejara de hacer política tras su salida de las Cortes. Sus objetivos principales en el campo de la política seguirán siendo desarrollar en España un estado nacional y buscar cauces para integrarlo en el contexto europeo. El silencio de Ortega no es una cesación de funciones, no es un abandono de la nación. Su silencio es, al contrario, muy

elocuente, es una denuncia y una apuesta. Una denuncia de la perversión del poder, por ello deja el parlamento y vuelve a la universidad. Una apuesta por trabajar por los ciudadanos, por trabajar en una política real en favor de éstos, un ejercicio de ciudadanía activa. Cree Maestre que el estudio del silencio de Ortega es en la actualidad fundamental para comprender su propuesta, pues no se ha estudiado lo suficiente y no se ha entendido su gesto. Ortega es un filósofo de la plazuela, un filósofo-ciudadano, en ningún caso un filósofo-rey. Entre mandar y obedecer eligió callar. Nunca estuvo al servicio ni de políticos ni de príncipes. Es un filósofo socrático, democrata, libre. Desde la Guerra Civil hasta su muerte Ortega siguió haciendo política, en el fondo toda su vida lo hizo, y con más intensidad si cabe que en los años previos. Toda su tarea se concentró en potenciar la nación desde abajo. El silencio no es fruto de la casualidad, es una forma de no rendirse a la ideología dominante que tenía como lema “conmigo o contra mí”. Ortega con el silencio se recoge sobre sí mismo, medita sobre su obra y la actualiza, a la vez que repiensa la labor de los intelectuales en una España y en una Europa que sólo admiten filósofos serviles.

En tercer lugar, la idea de élite social o de exigencia es fundamental para comprender la política que manifiesta Ortega. La imagen del ser humano como un ser en vilo presenta un hombre que se exige a sí más que a los demás. Esa es la idea de aristocracia política que a Ortega le interesa. En opinión de Maestre han sido José Lezama Lima y

Octavio Paz quienes han interiorizado, comprendido y expresado con mayor precisión e insistencia esta perspectiva orteguiana. Minoría selecta no es dirigismo totalitario. El concepto de élite que Ortega defiende no tiene que ver con un grupo social que se impone al resto. La medida de la élite no la da ni los logros ni el poder, simplemente la exigencia a uno mismo, sólo en este sentido puede considerarse la élite un grupo ejemplar. Nunca se cree Ortega mejor que los demás, advierte Maestre.

La cuarta línea principal de la política que presenta el libro de Maestre es la defensa del liberalismo democrático. La idea de democracia es fundamental para Ortega. José Gaos trató de mostrarle como un antidemócrata y tal propuesta ha hecho mella entre los intelectuales españoles, por lo que es necesario insistir en la naturaleza liberal y democrática de su pensamiento. Liberalismo no es ni democracia morbosa ni populismo. Para Ortega el liberalismo tiene como fundamento la necesidad de limitar la intervención del poder público y la voluntad de convivir con quien no piensa como uno mismo. No opta Ortega por un buenismo o fundamentalismo democrático, su propuesta es que, más allá de utopismos y de grandes ideales, la política sea la menos mala posible. No hay sociedad perfecta salvo en la mente totalitaria. Agapito Maestre presenta a Ortega como un paladín del liberalismo en cuanto toma de conciencia de las limitaciones de la política. Si bien es cierto que estamos ante una concepción trágica de la misma, no es menos cierto que esta es la lección principal del gran

maestro. María Zambrano, especialmente, es la intérprete que mejor ha captado la propuesta de Ortega en este terreno, según Maestre. Sus obras son una imprescindible guía política para que la democracia sea antes el encuentro y desarrollo del individuo libre que la rendición a un igualitarismo mediocre.

Por último, no es menos importante entre las ideas políticas de Ortega la promoción de la ciudadanía. Maestre presenta al filósofo madrileño como un pensador para quien la democracia o está orientada al desarrollo del individuo o no lo es tal. Democracia es respeto a la soberanía del individuo, pero no es individualismo, es una invitación a participar en un proyecto común. La política para Ortega es una actividad colectiva, algo en lo que participamos todos, no puede tener un propietario único, pues de lo contrario pierde su dignidad. En este sentido lo más opuesto a la política es el particularismo, el cual fue denunciado por Ortega como un vicio muy presente en las instituciones españolas de su tiempo y del cual no nos libraremos

en los tiempos que corren. En esta línea Maestre piensa que Ortega nos lanza un desafío a la España del siglo XXI: evitar tanto la privatización de la política como la politización integral de la vida.

En definitiva, Maestre nos presenta a Ortega como un filósofo vivo, cuyas propuestas no son solo actuales sino también necesarias para la España actual. Es una llamada de atención al mundo académico, parece una voz de alarma sobre lo que significa no desarrollar con profundidad el pensamiento de Ortega. Maestre entiende que Ortega ha sido tratado por las supuestas élites españolas con enorme frivolidad y con profunda injusticia. Han maltratado a Ortega, difamándolo, colocándolo en entredicho o alineándolo con otros sistemas filosóficos para darle más cuerpo a su trabajo. Frente a estos análisis Maestre defiende que Ortega no es de nadie, se entiende desde sí mismo. Ni fue un filósofo rey ni fue un maestro en un erial, fue y es un filósofo-ciudadano, un maestro de maestros con una teoría política que urge compartir.